

¿CREEN LOS ESPAÑOLES EN LA OTRA VIDA?

La creación

Opino que algunos de los cien encuestados por Gironella en su libro *100 españoles y Dios* revelan, sin darse cuenta, una concepción de la creación hecha por Dios que considero, a veces, excesivamente ingenua.

Incluso el planteamiento de la otra vida, en función de ésta, resulta insatisfactorio en varios creyentes que buscan en el más allá una compensación de lo que ocurre en nuestra tierra, y que siguen considerándola como un valle de lágrimas sin apenas remedio.

Sin embargo, el salto que nuestra civilización está empezando a dar hace suponer la posibilidad de esta superación, más o menos perfecta. Este valle de lágrimas era obvio en la atrasada sociedad medieval, la época en que se inventó la oración de la Salve, con la que se expresa este juicio entristecido sobre la creación.

Hoy, en cambio, que el hombre está en vías de transformar el mundo y hacerlo más habitable y justo, es natural que se haya desplazado de él a ese Dios, que fue el que retrataron los creyentes, y que corresponde a la imagen que podía compensar los males de este mundo en una sociedad infra-desarrollada.

Esa imagen ingenua de la providencia divina nunca fue, sin embargo, la afirmada en la concepción auténtica del Dios del catolicismo, al menos el presentado por boca de sus más profundos pensadores. Esto es algo que debía quedar claro, como punto de partida previo en el diálogo entre creyentes y no creyentes; y es lo que se desprende de la enseñanza posconciliar que el catolicismo da actualmente.

Sin embargo, al descubrir algunos creyentes esta enseñanza defectuosa que recibieron —como le pasó a un inteligente ingeniero amigo mío, muy creyente— se sienten defraudados, y aun resentidos, contra estos malos educadores que casi todos hemos tenido.

Existe en las contestaciones de creyentes y no creyentes, en este libro, un malentendido a propósito del Dios Creador, aparte de la defectuosa idea que algunos se forjan de él. Se suele dar, por un lado y por otro, como claro que el catolicismo presenta la existencia de un Dios que sea creador del mundo, como demostrable por la mera razón humana, sin necesidad de acudir a la revelación religiosa del cristianismo. Y, sin embargo, esto no es así.

Lo que nos parece a los creyentes casi siempre es sólo una verdad religiosa que hemos aprendido por el catecismo, y que no hubiéramos descubierto, probablemente, por la simple razón. Por eso los pensadores del mundo griego que vivieron sin la revelación cristiana nunca cayeron en esta idea.

vas creciendo con la idea del temor a Dios, al ser creador. Después, la inteligencia no llega a comprender afirmaciones que ya han tomado carta de naturaleza en uno mismo, y es cuando surge la discusión interior. En los países donde no hay religión, estas dudas no se plantean, puesto que todo lo que existe se da por existido siempre y no se busca un creador».

Debíamos ser más cuidadosos los creyentes en nuestras afirmaciones, distinguiendo mejor entre



ALFONSO PASO:
«Algo en nosotros sobrevive, efectivamente, a la muerte corporal. Tengo una absoluta fe en el alma del hombre, pero no me atrevo a afirmar que el alma es inmortal. Eso es asunto de Dios».

las cosas que nos llegan por medio de la razón y las que conocemos sólo por la revelación. Pero jamás hemos sido educados de esta manera.

Dios no es tampoco la imagen que, demasiado caricaturescamente, presenta Salomé, como si fuese un Ser que un día de aburrimiento se decidió a crear el mundo, y al hombre en él. Pero la concepción que ella critica, envuelta en este ropaje irónico, es, en el fondo, muy parecida a ese Dios superpoderoso fabricante, que sacó de la nada todo lo que hoy existe y que antes no existía. Esa idea ingenua de la creación, en donde la nada tiene un papel de apoyo para el gran Mago que resulta ese creador falso que nos enseñaron, nada tiene que ver con la profunda creencia que debe tener sobre él el cristiano, sino que son una serie de imaginerías, más o menos contradictorias, para dar una explicación metafísica de «pacotilla», como la designa el tomista E. Gilson, que es uno de los pocos profesores universitarios franceses que han llegado al máximo grado académico en el vecino país.

A los que no son creyentes, nosotros solemos decirles —como se ve en el libro de Gironella—: «Yo creo en Dios porque nada se hace por sí solo». A lo que el severo profesor católico Gilson les amonestaría —a los creyentes—, aclarándoles una cosa que olvidan: «Si se concede que este mundo ha sido creado, este mundo no puede haber sido hecho más que por Dios; pero no es evidente que el mundo haya sido creado» (E. Gilson, *El filósofo y la Teología*, Ed. Guadarrama).

El creyente que no se percató de ello por haber sido demasiado sumiso a la defectuosa educación religiosa recibida, da pie a la sonrisa o a la ironía de los que, siendo creyentes, se ponen sólo en el plano de la pura razón y no pueden dar un paso más —por mucho que queramos convencerles—, a menos que acepten la revelación religiosa del cristianismo.

El Dios providente

El Creador no está en una altísima montaña —más o menos imaginativa— desde donde dirige los hilos del mundo y de la vida, como si nuestro cosmos fuera un fabuloso teatro de marionetas. Nosotros, los creyentes, no podemos proponerles a los que no creen una imagen, aunque la perfeccionemos todo lo posible, en la que quede en el fondo el teatro de marionetas.

No existe manera de presentar en forma convincente, por medio de la razón humana y sin acudir a la revelación, la existencia de esa providencia que a nosotros nos parece tan natural aceptarla como evidente. El Padre Sertillanges, O. P., uno de los mejores pensadores católicos de este siglo, nos aclara, en su estudio sobre Santo Tomás de Aquino, que este gran santo parecía dudar de la validez de nuestros razonamientos para poder demostrar con la sola razón la providencia

universal (Sertillanges, O. P., *Santo Tomás de Aquino*, Ed. Desclee de Brouwer). Esto es lo que les pasa a los que no aceptan el cristianismo, porque la verdad es que, mirando sólo a la tierra, «yo existo como si Dios no existiera; obro como si Dios no obrase» (R. Sertillanges, *El cristianismo y las filosofías*).

El escultor Enrique Monjo afirma esto mismo, sin darse cuenta, al decir: «A un hombre como yo, dedicado a una disciplina de creación, la escultura, le resulta difícil concebir que el universo es el resultado de millones de siglos de cataclismos siderales... La belleza de la creación es tanta y tan maravillosa, que su cristalización presupone, a mi entender, un Dios todopoderoso, inteligente, que así lo dispuso y que estableció unas leyes... En cambio, no me aparece tan claro que ese Dios sea personal, que aplica su Ojo divino a todas y cada una de las criaturas...». O Mary Santpere, que dice: «Creo en un Dios creador... Ahora bien, no puedo creer que ese Dios sea personal... ¿Cree usted que Dios puede saber que yo me llamo Mary Santpere y que soy actriz cómica? Me parecería cómico...».

Me parece a mí que estas reacciones ocurren muchas veces porque nos figuramos a Dios como un elemento poderosísimo y altísimo, pero que en último extremo está mezclado entre las causas que intervienen en este mundo, como una más, aunque sea la más elevada de todas. Pero en el concepto católico más tradicional, Dios no interviene en el mundo; «la acción divina no debe ser conce-



EMILIO ROMERO:
«No llevo mis creencias religiosas y cristianas a este examen. Incluso cuando se me pone delante la cuestión como una imagen del pánico sobre la vida, rechazo con violencia todo juicio desde bases tan mínimas como las de mi criterio ante los fenómenos del extramundo o del trasmundo».

bida como... una intervención autocrática». Dios no mueve ningunos hilos; somos nosotros los que, viviendo dentro de la gran evolución creadora de todo el mundo, espontáneamente tendemos a más, y esa es la «relación montante y no descendiente» que nos une al Creador, como dice el Padre Sertillanges. El mundo es como una grandiosa espontaneidad vital que tiene sentido en su marcha ascendente, y en esa relación de la criatura a esa evolución creadora que la desarrolla Individual y socialmente se encuentra la idea cristiana de creación. Dios «no es un Demiurgo, cuya acción se uniera a la nuestra y se realizase en el mismo terreno, componiéndose con ella... La providencia tomista se ejerce... por el juego espontáneo de estas naturalezas...», sigue aclarando con precisión este dominico francés.

Francisco Rabal tiene, según esto, toda la razón en rechazar a ese Dios que le enseñaron y que se mantenía en las conciencias por temor al infierno, y que, además —para colmo de males—, era tan celoso que resultaba ser una pantalla para poder amar espontáneamente a los hombres, incluso a los padres, como le enseñaron a él de niño.

Sin embargo, deja este actor —aunque sea vacilantemente— una puerta abierta «hacia el misterio» que en el hombre anida, del cual dice: «Este misterio, para los cristianos, es Dios. Para mí, Misterio». No quiere llamarle Dios, porque para él —como para muchos incluso creyentes—, Dios es esa imagen defectuosa e inaceptable que nos enseñaron. Por eso creo oportuno recordar —a unos y otros— que «todo concepto que nos dice qué es Dios, examinado de cerca, se desvanece como la luz de una vela al sol» (A. Guggenberger, *¿Por qué creemos?* Ed. Herder).



FRANCISCO RABAL:
«Este misterio, para los cristianos, es Dios. Para mí, Misterio».

Llegaron hasta Dios, pero nunca le consideraron como Creador. «Históricamente, esta noción de creación se encuentra ligada a la revelación judeocristiana, que afirma solemnemente que Dios creó el cielo y la tierra. Ni Platón, que admite una materia preexistente; ni Aristóteles, que mantiene la eternidad del mundo... jamás han tenido la noción de creación propiamente dicha» (R. Jolivet, *Metafísica*).

El periodista Manuel del Arco, sin necesidad de acudir a estas reflexiones que hego, lo expresa en su propia experiencia con gran claridad: «Uno nace, le bautizan y le hacen católico. Poco a poco,

¿CREEN LOS ESPAÑOLES EN LA OTRA VIDA?



ANA MARISCAL:
«¿Alma inmortal?
¿Para qué ambicionar tanto? Creo... en la comunión de los seres perfectos, y me gustaba creer en la Resurrección de la Carne. Creo en un devenir hacia la perfección».

La inmortalidad

En el Antiguo Testamento no se contiene la idea de la inmortalidad del alma, salvo en un libro tardío de influencia griega, próximo a Jesucristo, llamado *El Libro de la Sabiduría*.

Por eso no nos debe extrañar que en el mundo de hoy haya —como en la Biblia— una mayor tendencia a creer en Dios que en la inmortalidad del alma: es una reacción más espontánea de lo que se cree en un hombre que sea consciente.

El paciente, y al mismo tiempo rebelde y contestatario, «Job no se encuentra todavía en posesión de esta verdad superior acerca de la redención y del fin del hombre en el más allá» (L. Scheffczyk, *El hombre actual ante la imagen bíblica*, Ed. Herder). Y en el libro del *Eclesiástico*, que fue escrito sólo ciento ochenta años antes de Jesús, no se tiene idea alguna de que exista la resurrección, «ni de premios y castigos después de la muerte» (J. Alonso Díaz, S. J., *En lucha con el misterio*, Ed. Sal Terrae).

En 1947 se hizo una encuesta sociológica en diversos países sobre el porcentaje de los que creían en Dios y de los que creían en la inmortalidad del alma. Y se encontró que en todos existía un desfase entre los que creían en Dios, que eran muchos más, y los que admitían la inmortalidad del espíritu, que resultaban ser bastantes menos. En Australia, por ejemplo, el 95 por ciento de la población creía en Dios; pero sólo el 63 por ciento, en la inmortalidad. En los Estados Unidos, el 94 por ciento aceptaban la creencia en Dios, aunque sólo el 68 por ciento aceptaban la otra vida. En Suecia, el desfase todavía resultaba mayor: 80 por ciento creían en Dios y sólo 49 por ciento en la inmortalidad (A. Vergote, *Psicología religiosa*, Editorial Taurus).

Y esto se aprecia en el libro, porque incluso en los que se manifiestan como creyentes, como Alfonso Paso, existen claras o tácitas reticencias acerca de la inmortalidad. Paso dice: «Algo en nosotros sobrevive, efectivamente, a la muerte corporal. Tengo una absoluta fe en el alma del hombre, pero no me atrevo a afirmar que el alma es inmortal. Eso es asunto de Dios».

Y Emilio Romero, también creyente, afirma: «No llevo mis creencias religiosas y cristianas a este examen. Incluso cuando se me pone delante la cuestión como una imagen del pánico sobre la vida, rechazo con violencia todo juicio desde bases tan mínimas como las de mi criterio ante los fenómenos del extramundo o del trasfondo».

Nada digamos de otros que la niegan en rotundo, a pesar de haber afirmado creer en Dios.

Resurrección del cuerpo

En el Nuevo Testamento —como observa muy bien el médico y ensayista Enrique Salgado, que confiesa que no sabe si existe o no existe Dios— no figura para nada la palabra «inmortalidad» aplicada al alma humana, porque sólo se habla de la resurrección de los cuerpos. Los escrituristas católicos de primera magnitud dicen lo mismo. Según ellos, los primitivos cristianos no se planteaban —como hicieron los pensadores griegos— si el alma era inmortal o no lo era, porque no les importaba esto; lo que sí se plantearon es la resurrección del hombre con su cuerpo, porque esa era la única creencia importante para ellos, dada su mentalidad existencial y concreta.

Por eso es chocante que en las respuestas de la mayoría de los creyentes y no creyentes que figuran en el libro de Gironella estén debatiéndose casi siempre en torno al tema de la inmortalidad espiritual, dejando en segundo lugar, o incluso

olvidando completamente, la enseñanza básica del cristianismo sobre la resurrección de todas las cosas. El dominico francés Padre Féret analiza bien claramente que el cristiano no rechaza la inmortalidad del alma separada del cuerpo; pero, para él, es un problema sin consecuencias demasiado decisivas; lo importante es la resurrección corporal del hombre en un contexto general de renovación transformadora y perfeccionadora del mundo. El cristiano no cree en un cielo permanente de puros espíritus, evadidos de lo que han vivido en el mundo; ni tampoco en un cielo infantil al estilo de Mahoma. Aunque creamos «en la resurrección de la carne... no por eso creemos en no sé qué cielo fantástico, sino en un postrer estado de la creación en que todos los hombres resucitarán de la muerte corporal» (Féret, O. P., *El misterio de la muerte*).

Esto mismo es lo que me parece a mí vislumbrar, más o menos, en la contestación de Ana Mariscal, cuando dice: «¿Alma inmortal? ¿Para qué ambicionar tanto?... Creo... en la comunión de los seres perfectos, y me gustaba creer en la Resurrección de la Carne. Creo en un devenir hacia la perfección». Excelente contestación, para mi gusto.

Premios y castigos

Está bastante generalizado entre los que creen en la otra vida rechazar los premios y castigos en ella, bien sea de una forma total o bien explicando las cosas de modo que el proceso que allí ocurra no se puede llamar un sistema judicial de premios y castigos aplicado por Dios, el cual merece una casi general repulsa.

Un jurista creyente como Manuel Jiménez de Parga señala matizadamente: «En mi sistema de ideas y creencias hay una "otra vida"...; sin embargo, los conceptos "premio y castigo" —elabo-



JIMÉNEZ DE PARGA:
«En mi sistema de ideas y creencias hay una "otra vida"...; sin embargo, los conceptos "premio y castigo" —elaborados teniendo en cuenta la experiencia de este mundo terrenal— no son adecuados para el "juicio" de Dios. Los hombres premian y castigan; Dios no premia ni castiga».

rados teniendo en cuenta la experiencia de este mundo terrenal— no son adecuados para el "juicio" de Dios. Los hombres premian y castigan; Dios no premia ni castiga».

Ana Mariscal expresa así su creencia: «Creo en el cielo del Bien y en el infierno de la cobardía; pero no como un premio ni un castigo de un juez, sino como una consecuencia de sí mismos».

Ruiz-Giménez, que se ha definido como un creyente pleno, pero «tenso», y al que la creencia le «impulsa a comprometernos, a entregarnos a la lucha por la libertad, por la justicia y por la paz entre los hombres», cree convencidamente también «que lo más profundo e íntimo de nosotros mismos trasciende a la muerte corporal...; es la proyección del ser más allá de la historia». Y en este punto incide, en su creencia, el terrible problema de la salvación y la condenación, que lo resuelve generosamente diciendo que «son enormemente más los que se salvan». No obstante, le queda una inquietud, al hacer entrar la razón en este problema, y por eso confiesa que la supervivencia no es fácil de explicar y «se trata más bien de una intuición radical».

Son más de los que pudiera parecer a primera vista los que adoptan una postura radical y no aceptan nada de la existencia de una vida más allá que sea «otra vida». El afán de inmortalidad del hombre lo explican como un deseo que se cumplirá solamente en la memoria histórica de los hombres o en la influencia posterior de nuestras obras. El escritor Antonio Ribera no cree en la otra vida «en un sentido biológico. Pero podemos sobrevivir vicariamente en el recuerdo de nuestros semejantes». Y Joan Manuel Serrat piensa que algo sobrevive, pero que son solamente «nuestras obras grandes o pequeñas». Incluso Miguel Mihura dice, un poco desesperanzadamente: «Creo

sinceramente que no. Y lo siento, porque me tengo por un hombre bueno». Manuel del Arco sintetiza así su opinión: «Soy escéptico en cuanto a lo que quede de mí después de abandonar este mundo terrenal... Eso que llaman cielo está acá, en la tierra. Y también eso que llaman infierno. Compadezco a los que son buenos por temor a ese tribunal del "más allá". Quizá la más ingeniosa explicación no-creyente de la supervivencia la da Jaime Miravilles, que todos deberían leer por extenso.

Como vemos, el esquema premio-castigo se suele rechazar por unos y por otros en general. Los creyentes se imaginan cómo será la otra vida, en la cual ellos creen con dificultad, y rechazan, por lo general, el esquema citado. Y muchos increyentes, al rechazar la otra vida, nunca se sabe bien si es porque sólo la comprenden bajo ese esquema re-



RUIZ-GIMÉNEZ:
«Lo más profundo e íntimo de nosotros mismos trasciende a la muerte corporal...; es la proyección del ser más allá de la historia».

chazable, o realmente es por otras razones por las cuales no la aceptan.

La superación del tiempo

El neurocirujano doctor Ley lo expresa diciendo que, aunque cree en alguna manera en una supervivencia humana, confiesa: «No he podido imaginar nunca bien lo que es la eternidad». Cosa perfectamente explicable, ya que quien crea en un «más allá» está pensando en un perfeccionamiento y, hasta cierto punto, superación de las escalas con que medimos este mundo, o sea, del tiempo y del espacio. Pero como actualmente vivimos metidos dentro de él, esto condiciona cuanto pensamos e imaginamos, haciéndonos difícil poder vislumbrar una situación en que este espacio y este tiempo se transformen.

Salvador de Madariaga está dudoso sobre esta super-existencia en la que creemos los creyentes cristianos. Me parece mejor usar yo esta palabra para definir nuestra creencia que la de «supervivencia», porque expresa aquella palabra una transformación perfeccionadora, sin por eso perder nuestro arraigo con el mundo y nuestra responsabilidad radical con él, que es la comprometida actitud que el verdadero cristiano debe adoptar en la vida actual, a pesar de que esto no se haya sólido enseñar hasta después del Concilio Vaticano II. Madariaga afirma que, de existir esa vida, sin embargo, «de todos modos parece que... no será vida futura, ya que no se puede tratar de algo que se ve en el tiempo y, por tanto, en el espacio. Se tratará de vida eterna. Ahora bien, la vida eterna es inimaginable. Claro que, aun así, lo inimaginable puede ser. Dios, por ejemplo, es inimaginable, y es».

El psiquiatra Bartolomé Mestre, que cree en Dios, aunque «no en un mini-Dios creado por los hombres de la tierra», y se confiesa cristiano inconformista, ve también la dificultad del problema de la sobrevivencia, y confiesa ante él su perplejidad. Y recuerda que «nuestros conceptos habituales del tiempo y del espacio están caducando», y dice que «si no sabemos del Tiempo, ¿cómo vamos a entender la Eternidad?».

Nuestro panorama español entiendo que no es diferente del panorama mundial. El creciente número de personas que se declaran ateas existe en todos los sitios. La mayor proporción de creyentes en Dios que de creyentes en la otra vida también se da en nuestro país. Y los malentendidos producidos por la falsa imagen de la religión que proporcionamos los creyentes se acusan bien claramente en muchas respuestas de increyentes españoles. Nuestro catolicismo, mal llamado tradicional, resulta por eso, en la mente de casi todos, profundamente criticable, aunque el respeto por el cristianismo y por el catolicismo conciliar es muy general. ■ E. MIRET MAGDALENA.